

**RESEÑA BIBLIOGRÁFICA**

Elizabeth E. Brusco

*The Reformation of Machismo.*

*Evangelical Conversion and Gender in Colombia*

University of Texas Press, Austin

*Silvia López Estrada\**

Como perspectiva de análisis, el género permite ver no sólo las desigualdades entre hombres y mujeres, o al interior de los géneros, sino que también permite problematizar otro tipo de desigualdades sociales basadas en las diferencias de clase, edad, raza y religión.

El tema del libro que se reseña es precisamente la relación entre religión y género. Puesto que en los estudios sobre conversión religiosa pocas veces está presente la perspectiva de género, en este libro se pone especial atención a la interrelación entre el género y la conversión religiosa en el seno de los hogares. Además, a diferencia de la mayoría de los estudios sobre género llevados a cabo en América Latina, el libro destaca no solo los roles y las relaciones genericas de las mujeres, sino que analiza de manera particular los cambios en los roles masculinos a partir de los roles tradicionales femeninos como el punto de partida para su transformación, o como lo señala el título de la obra, para la “reformación del machismo”.

De esta manera, Elizabeth Brusco examina la importancia del rol de las mujeres como líderes en la expansión de la religión evangélica en Colombia, y enfatiza el amplio espectro de formas en que la experiencia genérica de los conversos influye y es influida por esta forma de cristianismo.

El libro está organizado por capítulos, siendo la introducción el primero de ellos, y en el cual la autora establece los principales argumentos que guían la obra. En primer lugar, se plantea el pentecostalismo como una acción colectiva de las mujeres. En este sentido, se argumenta que esta religión no cambia los roles femeninos, sino que las mujeres en sus roles tradicionales son agentes de cambio para reformar a sus maridos.

En segundo lugar, la autora sugiere que el estatus de la domesticidad se eleva a través de la transformación del género, reintegrando a los hombres a la esfera doméstica. Por otra parte, aunque el hogar se define como la esfera de estudio de los roles femeninos, se enfatiza la importancia de la realidad de las mujeres más allá de los confines de sus hogares.

\* Profesora-investigadora, Departamento de Estudios de Población, *El Colef*. E-mail: slopez@colef.mx

Por último, la autora también propone aceptar la posibilidad de que los conversos utilicen la religión para su propio beneficio. Esto implica que la conversión religiosa se lleva a cabo como una estrategia con fines deliberados; en este caso se trata de incrementar el bienestar de los hogares a través de un cambio en las aspiraciones de los hombres que tiene lugar con su conversión al evangelismo.

VA estudio que se presenta en este libro se distingue por el enfoque comparativo urbano-rural de la experiencia privada de los evangélicos en un contexto social más amplio. Asimismo, se resaltan los efectos de la conversión en la vida doméstica de los conversos y el entendimiento del cambio religioso a través de los procesos sociales en el hogar.

En los dos siguientes capítulos la autora discute lo que significa ser evangélico en el contexto de un país con raíces profundas en el catolicismo. En Colombia, el poder de la Iglesia católica ha sido determinante en la vida de los colombianos, al regular casi todos los eventos ligados a la familia, como el matrimonio, el divorcio, el aborto, etc. De esta forma se define al evangelismo en contraposición al catolicismo (por ejemplo, ser evangélico significa leer la Biblia; orar, no rezar, etc. En suma, apunta la autora, para los evangélicos ser cristiano no es simplemente cambiar de religión sino cambiar la vida entera.

El movimiento evangélico es estudiado en el contexto de la Violencia, guerra civil que tuvo lugar en Colombia entre 1946 y 1966. Aunque la historia de esta guerra es compleja, comúnmente se atribuye al conflicto entre los liberales y los conservadores, estableciéndose una fuerte relación entre afiliación política y religión. Así, mientras en su mayoría los evangélicos son liberales, los católicos son conservadores.

Los tiempos de la Violencia fueron los más cruentos para los evangélicos por la persecución de *que* fueron objeto, pero al mismo tiempo fueron los mejores, ya que las circunstancias los obligaron a practicar su religión en el ámbito de los hogares, además de que los roles tradicionales femeninos actuaron como un recurso para la expansión del evangelismo, el cual se manifestó como un culto a domicilio, en la comunidad. Su carácter personal, íntimo y privado resultó ser una ventaja en contraposición al catolicismo, mismo que es definido como impersonal y masivo.

Es en este contexto que se examina la conversión religiosa, destacándose el caso del evangelismo al nivel de la comunidad. Para ello, la autora se basa en el estudio empírico de una comunidad rural llamada El Cocuy, en la cual surgió la primera Iglesia luterana en Colombia y ha sido una de las principales fuentes de evangelistas radicados en Bogotá. Se hace particular énfasis en los tiempos de la Violencia, ya que fue durante esos años cuando el número de evangélicos se incrementó, y muchos migraron a la ciudad, con lo que se expandió el culto.

Más adelante, en el capítulo 5, Elizabeth Brusco discute lo que ella denomina “la renuncia masculina al hogar”, el individualismo y el machismo. Para Brusco el machismo es un rol público que se caracteriza por una disminución de los roles conyugales y por una disparidad en los valores y las aspiraciones de hombres y mujeres, que se reflejan en patrones de consumo diferentes.

El machismo, insiste la autora, define la alienación de los hombres del mundo doméstico como padres y maridos como una característica del sistema género/sexo. Mientras el macho se identifica con roles externos, la mujer se identifica con los roles domésticos, y existe una definición de atributos complementaria entre el machismo y el marianismo. Esta desarticulación de roles se expresa en la falta de comprensión de los maridos hacia sus esposas y en el miedo de los hombres a la traición femenina.

Elizabeth Brusco establece que el machismo no es lo mismo que patriarcado o dominación masculina, y por lo tanto, para explicar la subordinación femenina hay que entender los diferentes tipos de supremacía masculina. Se propone el machismo como una compensación entre las identidades de género. Así, existe una diferencia entre el padre autoritario que toma las decisiones en su casa (dominación masculina) y aquel que las toma fuera del hogar (machismo).

No obstante la diferencia conceptual entre patriarcado y machismo, en la realidad es posible que ambos puedan coexistir, pues mientras que en algunas sociedades los roles de género son complementarios en la arena doméstica, otras divisiones están basadas en la división del trabajo más que en la autoridad, y otras más pueden combinar ambos aspectos. En este sentido, más allá de la rígida concepción del rol masculino tal como lo presenta Brusco, se requiere de un patrón más fluido que permita conceptualizar la masculinidad en toda su diversidad considerando las responsabilidades, los derechos, las esferas de autoridad, la personalidad y el comportamiento.

Por último, se señala que debido a que los patrones de adquisición del estatus están asociados a la modernización, dadas sus características, el machismo es un impedimento para el progreso; su base económica explica cómo los procesos de proletarización y modernización afectan a hombres y mujeres de manera distinta, resultando en la noción femenina de colectivo versus la noción masculina de individualismo.

En el capítulo 6 se detallan los impactos de la evangelización en los hogares y en las vidas de las mujeres, enfatizando la necesidad de analizar los hogares no sólo numérica sino culturalmente. De acuerdo con Brusco, la conversión evangélica es un factor de reestructuración de la segregación sexual y de divergencia de objetivos por género en los hogares colombianos, así como de los significados del hogar para sus miembros. Entre los cambios se mencionan la redefinición de la vida conyugal, así como la articulación de los roles de género con diferentes patrones de producción y consumo.

Puesto que, a diferencia de otros factores (tales como la clase, el sexo, la división del trabajo y el parentesco), la falta de conyugalidad ha sido poco considerada en los estudios sobre separación de roles, la autora enfatiza este aspecto, y señala que mientras que el machismo es un rol que no define cómo un hombre actúa como padre y esposo, el rol conyugal de la mujer es sufrir el abuso masculino cuando el hombre está presente, así como sufrir su abandono.

Brusco insiste en que el machismo es un rol no patriarcal, no familiar, que pretende cubrir la falta de seguridad del marido con autoritarismo, ya que, si bien el marido puede tener un rol autoritario en el hogar y su esposa lo declara como el “jefe”, éste no tiene real injerencia en el hogar. No obstante, a diferencia de este estudio, algunas investigaciones han documentado la influencia del varón en decisiones familiares tales como la distribución del gasto doméstico y la educación de los hijos (Benería y Roldán, 1987, y González de la Rocha, 1986). Además, habría que ver cuál es la definición que los propios machos y sus familias hacen de sus roles como padres y esposos. ¿Carecen realmente de contenido? ¿Cómo elaboran ellos estos roles? Ser macho no significa necesariamente dejar de ser padre y esposo; en todo caso, hay que preguntar qué clase de padre y esposo es un macho.

Se plantea además que, aun cuando las mujeres contribuyen a recrear el machismo, lo que ellas quieren es el “macho verdadero”. Aunque no se define este concepto, el macho verdadero puede conceptualizarse como la antítesis del macho. Si el machismo es un comportamiento que causa problemas y sufrimiento a las mujeres, entonces, lo

que ellas quieren de sus esposos es que cumplan con los roles que socialmente les han sido asignados. Esto es, ser proveedores de los recursos económicos para sus familias y, además, reconocer y respetar los roles de las mujeres como esposas, madres y trabajadoras.

Asimismo, el machismo actúa también como un sistema de opresión para los propios hombres, ya que la mujer aparece como moralmente superior en un sistema de género que les favorece a ellos. Esta moral restringe lo que pueden o no hacer y desempeña un rol activo en la conversión evangélica. De acuerdo con la autora, en un sistema de sexo/género dominado por el machismo el rol de la mujer como defensora de la moral estándar incluye la responsabilidad de reformar a los hombres. Este impulso reformista femenino varía a través del ciclo de vida de la relación de pareja; se inicia con el noviazgo hasta lograr o no la conversión, y se caracteriza por una censura del comportamiento público masculino: beber, jugar, pelear, etcétera.

Mientras que el machismo requiere de separación de esferas, dependencia femenina y valores y aspiraciones diferentes, se establece que la conversión evangélica deteriora la separación esencial entre hombres y mujeres. Por ejemplo, el estudio propone que las mujeres desempeñan un rol primario en la conversión religiosa masculina. Los hallazgos sugieren que el rol de las mujeres como reformistas de sus maridos toma lugar a partir de problemas de salud, lo cual ellas aprovechan para convertirlos. De esta forma, si el esposo está enfermo se queda en casa y depende de sus familiares, agradece a Dios y piensa que la enfermedad es resultado de sus vicios, pues usualmente hay detrás una historia de alcoholismo. De manera importante, la conversión funciona a través de redes de enfermedad de los pentecostales.

Brusco concluye que la espiritualidad permite a algunos hombres alejarse del machismo afectando las relaciones conyugales en términos de la sexualidad y el matrimonio. Por ejemplo, aunque para los evangélicos es más deseable ser célibe, admiten que el sexo es un placer de naturaleza humana, y si no se puede controlar hay que casarse. Por otra parte, en el evangelismo la reproducción no está ligada al sexo, y en general hay un énfasis positivo en la sexualidad. Sin embargo, la sexualidad masculina es expresada en términos del rol de esposo, es decir, se restringe a la esfera del matrimonio.

Un aspecto fundamental de la separación de roles es la divergencia de aspiraciones, que deriva en patrones distintos de consumo por género. Brusco encuentra que, como consecuencia de la conversión evangélica, el rol masculino se ha acercado a los ideales y aspiraciones de las mujeres, orientándose a la familia y el hogar, transformando con ello sus patrones de consumo y elevando su nivel de bienestar.

De esta manera, se sostiene que la creencia evangélica actúa como determinante de las relaciones conyugales y los patrones de consumo de las familias, redefiniendo las fronteras entre lo público y lo privado. Se propone, además, que existen relaciones más igualitarias en los hogares evangélicos, pues se reordena la participación de hombres y mujeres en el hogar y realza el valor de la familia y el hogar como el centro de vida tanto para los hombres como para las mujeres. Todo ello gracias a que los hombres conversos entran en un mundo de normas y valores consistentes con los de sus esposas.

¿Significa lo anterior que el rol masculino se redefine con atributos femeninos? ¿Debemos pensar en el nuevo contenido del rol masculino como no-machismo, como el

macho verdadero, o como un rol masculino con tintes femeninos? Lo que Brusco parece plantear es que los hombres al evangelizarse realmente toman la responsabilidad que socialmente les ha sido asignada de proveer de recursos materiales a sus hogares, en lugar de invertir su dinero en alcohol y tabaco. El evangelismo cambia sus prioridades en términos de consumo, y es esto lo que las mujeres esperan de ellos. Por tanto, se podría decir que el no-machismo no significa que los hombres piensan y actúan como mujeres, sino que toman la responsabilidad de sus propias vidas y las de sus familias.

Sin embargo, lo anterior resulta problemático, ya que si bien los hombres conversos tienen aspiraciones más domésticas que les permiten reorientar sus patrones de consumo, y el evangelismo es una religión más permisiva referente a la sexualidad, las evidencias empíricas no son suficientes para argumentar que existen relaciones de género más igualitarias al interior de los hogares evangélicos. Se documenta el cambio en el rol masculino redefiniendo el contenido del machismo, y aunque tal vez este nuevo machismo es el que quieren las mujeres, ello no implica igualdad en las relaciones de pareja y entre los diversos miembros del hogar.

Por otra parte, aunque se sugiere que la separación de roles se disuelve, esta disolución se lleva a cabo en la esfera del hogar, reificando así el carácter doméstico de los roles femeninos.

Asimismo, uno de los principales argumentos de este libro es que las prácticas de los evangélicos no se remiten a un ascetismo monástico sino a uno que ubica a la familia como el centro de la vida. En este sentido, las fronteras entre lo público y lo privado son claramente diferenciadas, ya que lo mundano es lo que está fuera de la familia.

Esta frontera religiosa entre lo público y lo privado permite y fomenta que las mujeres transiten por la esfera pública con sus roles domésticos y que los hombres transiten por este ámbito con roles masculinos que les otorga la religión que practican. En otras palabras, mientras que en el hogar puede haber más semejanza entre los roles genéricos, no pasa lo mismo al interior del evangelismo.

Prueba de lo anterior es que, siendo los hogares el punto de partida para el desarrollo del evangelismo, Brusco declara a las mujeres como reproductoras de la cultura. Se trata de una cultura que a través del evangelismo moviliza colectivamente a las mujeres más allá de la esfera doméstica, pero que preserva la separación de roles genéricos en la vida religiosa de la comunidad. Así, las mujeres desempeñan actividades muy femeninas:

convierten sus hogares en congregaciones, decoran y mantienen la iglesia, y reúnen fondos para la misma, pero no pueden ser pastores ni tener puestos de representación dentro de sus iglesias.

Los evangelistas hacen énfasis en la educación como una manera de ascender en la escala social. En este contexto, la participación de las mujeres en la estrategia educativa es muy importante. El *ethos* femenino, definido como sistema cultural de organización de instintos y emociones conectado al espacio del hogar, inicia y fomenta la educación en torno a la lectura de la Biblia. Así, en contraste con el catolicismo, el evangelismo se caracteriza por una ética de lectura, contemplación y análisis como orientación hacia la educación superior.

Por otra parte, como consecuencia del ascetismo religioso, el hogar es reinstalado como el *locus* de consumo. Aquí la vida ascética actúa de manera diferente de como ha sido definida teóricamente, ya que se refiere a patrones de consumo en lugar de a patrones de inversión y acumulación. No se trata de crear nuevas oportunidades

económicas, sino de mejorar el bienestar familiar a través del consumo. Además, los patrones de consumo resultantes del ascetismo evangélico implican movilidad social para las familias de los conversos.

Sin embargo, no se discute cómo estos patrones de consumo se reflejan en los diferentes miembros de la familia y si los recursos se distribuyen de manera igual entre los mismos. Aunque éstos son aspectos que han sido detallados en otros estudios, en este caso no se muestra cuáles son las implicaciones del evangelismo en términos de la distribución de recursos entre los géneros y las generaciones al interior de las familias.

Un aspecto importante que se debe destacar es que, si bien se habla de una ética de consumo, no se discute la ética del trabajo como uno de los principales elementos que definen al protestantismo. Por otra parte, el trabajo también forma parte importante de la definición del rol masculino: el mundo del trabajo es el mundo de los hombres. ¿Cuáles son las actividades económicas de los hombres? ¿Cuál es el significado del trabajo para ellos? ¿En qué medida estas actividades y su significado se ven modificadas por la conversión religiosa?

Brusco no hace referencia a este elemento, aunque enfatiza el sentido del progreso en relación con el bienestar de la familia, y no con propósitos de acumulación de riqueza, como señala la ética protestante de Weber. Asume, pues, que la conversión religiosa no modifica el *ethos* del trabajo masculino, reificando la separación del hogar y el trabajo, aunque los hombres se acerquen más a la esfera familiar en términos de aspiraciones. Éste es un aspecto que requiere ser analizado con mayor profundidad. Asimismo, las diferencias de clase no son consideradas en el análisis; únicamente se menciona que el culto evangélico surgió en las comunidades rurales y después se extendió a las ciudades con la migración.

En conjunto, se considera que los roles femeninos tradicionales son un recurso para la transformación de los roles masculinos a través de la conversión evangélica, cuya consecuencia son aspiraciones y valores compartidos por ambos sexos, que se reflejan en un mejoramiento en el bienestar familiar, la revaloración de la esfera privada y el ascenso en la escala social en cuanto a los patrones de consumo y educación.

La literatura feminista ha mostrado las formas en que diversas culturas utilizan el hogar y los roles femeninos como un recurso (Bell Hooks, 1984, entre otros). En esta misma línea de análisis, Brusco señala la conversión evangélica en combinación con los roles femeninos como un mecanismo a través del cual las mujeres se mueven en los intersticios de la dominación masculina. El tono reivindicativo del espacio doméstico y las resistencias femeninas contrasta con aquellos análisis que perfilan a las mujeres como víctimas. Sin embargo, considerando que el género es transicional, es necesario documentar también los conflictos, las desventajas y las nuevas formas de opresión que se generan con la conversión al evangelismo y con su práctica.

Y aunque se argumenta que, a diferencia de otros movimientos, el evangelismo está cambiando los roles de género, es necesario hacer precisiones al respecto. En todo caso, están cambiando los roles masculinos, ya que los roles femeninos persisten en sus formas tradicionales, aun cuando son el punto de partida para el cambio. Sin embargo, más allá de documentar los cambios en los roles de género, se requiere enfocar con mayor profundidad los procesos y relaciones a través de los cuales hombres y mujeres conducen sus vidas genéricas en el contexto de la conversión religiosa.